

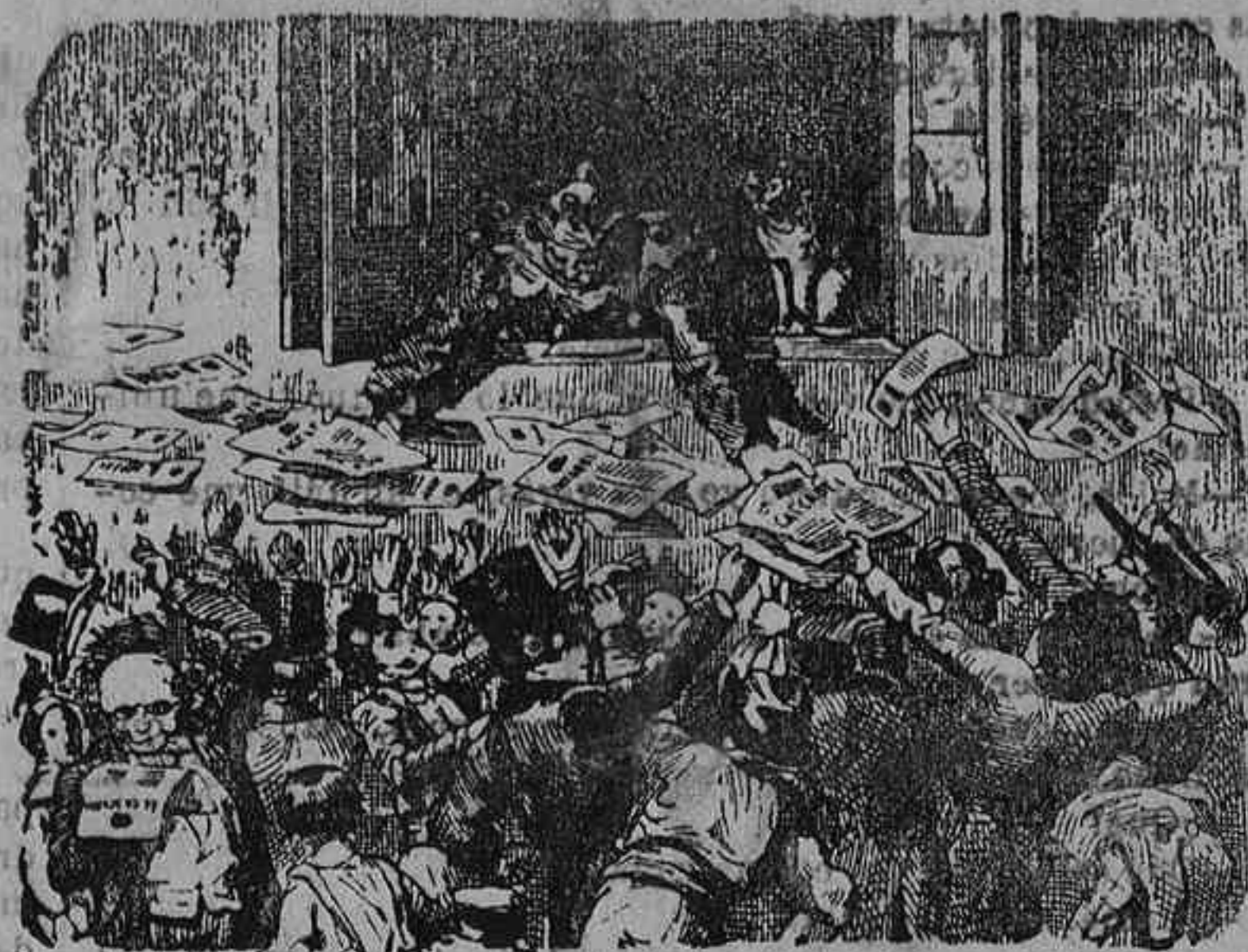


RECIBO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 "
Un año.	30 "
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis idem.	18 "
Un año.	34 "

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EUROPEO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 "
Un año.	74 "
AMERICA.	
Seis meses.	33 rs.
Un año.	70 "
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 "

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y las fijas de EL C. SCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato.—Lo que fuere sonará.

EN EL PANTEON NACIONAL.

—Hola caballeros. Ya estamos en nuestra nueva casa.
—Felices, doctor Valles, ¿cómo van esos huesos?
—Algo molidos de la mudanza, que al fin esto de andar de un lado para otro es cosa que molesta á los muertos no menos que á los vivos, señor Morales.
—De poco se quejan Vds., señores.
—¿Le ha ocurrido á V. algo mas, amigo Lanuza?
—Ahí es nada. A mí antes de hacer el viaje me han descuartizado.
—¿De veras?
—Los españoles me tienen tal cariño que todos quieren poseer un pedazo mio. Así es que en Zaragoza me han hecho pedazos, y aquí tienen Vds. una parte alienota de mi persona, mientras el resto se ha quedado allí en mi tierra.
—Todo puede V. darlo por bien empleado, porque ahora que los suyos tienen la sartén por el mango, no dejarán de darle un buen empleillo.
—¿Cómo que los míos tienen la sartén por el mango?
—¿No es V. progresista?
—Hombre, yo no sé lo que soy, pero sé que por defender la libertad en Zaragoza, me cortaron la cabeza en tiempo de aquel tunante que se llamaba Felipe II.
—No hable V. mal de Felipe II que yo al fin fui su médico y me hizo algunos favores.
—¿Entonces V. es el divino Valles, como le llamaba aquel suave personaje?
—Sí señor.
—Pues valiente mozo sería V. cuando era cortesano de semejante hipócrita.
—Si tuviera V. cabeza, Sr. Lanuza, sería V. mas respetuoso con un médico que asiste á los enfermos, sin ver si son buenos ó malos, grandes ó chicos.
—Si yo no me hubiera dejado el brazo derecho en Zaragoza, le habia de dar á V. una estocada en satisfaccion del agravo que me hace.
—Haya paz, señores.
—Hola, Sr. D. Pedro... porque si no me engaño esa voz es la de el autor de *La vida es sueño*.
—El mismo.
—¿También V. por aquí?
—Hombre, sí, hace algunos días vinieron á mi sepultura á llamarme de parte de un tal Ruiz Zorrilla, y aquí me trajeron, y aquí me estoy entre todos Vds., que por lo visto son gente de fuste.
—Ninguno tanto como V., Sr. D. Pedro.
—Gracias, Garcilaso. No le habia á V. visto, que si no antes le saludara. ¿Con que también á V. le han traído á este sitio?
—Pero me han traído engañado.
—¿Cómo es eso?
—Me dijeron que iban á colocarme en el ministerio de Ultramar, donde parece que se dan empleos á todos los poetas, y yo por probar el festin del presupuesto, me dejé traer, pero si hubiera sabido que iban á encerrarme aquí, y á dejarme en ayunas, aunque gozando de la grata sociedad de Vds., no me dejo mover ni un paso.
—Pues yo hubiera venido solo por tener un rato de conversacion con personas tan ilustres, aunque tuviera que dar la vuelta al mundo.
—El Sr. Ercilla siempre galante como buen soldado.

—Gracias, Sr. Juan de Mena, V. á fuer de andaluz, lisonjero con todos.
—Veo que aquí todos somos poetas.
—Menos yo que no he hecho un verso en mi vida, y hasta escribir mi nombre me costaba bastante trabajo.
—Y sin embargo lo escribió en la historia de España de un modo que no se borrará nunca.
—Yo creí que ya no se acordaban de mí en el mundo.
—Del Gran Capitan no es posible olvidarse. Italia y España tienen tantos lugares que recuerden su nombre, que solo tragándose la tierra esos dos países, sería posible que se le olvidara.
—Muy variada está España desde los tiempos en que yo andaba por ella acuchillando moros, que era una bendicion de Dios.
—Pues ahora también se acuchillan los españoles de lo lindo.
—Pero por causas muy mezquinas. Antes se peleaba por Dios y por la patria; ahora se pelea por satisfacer la ambicion de unos cuantos que nunca están contentos con nada.
—Vamos, que en todos tiempos ha habido ambiciosos, señor Gonzalo de Córdoba.
—Sí, pero en ninguno tan descarados como ahora, amigo Juan de Lanuza.
—Las épocas varían, el mundo progresa, y España no ha de permanecer estacionaria.
—Como V. es revolucionario, está mas conforme que yo con lo que ahora pasa.
—Sí señor, con los derechos individuales, no podrá repetirse ahora lo que pasó en mi tiempo. Ya vé V., por declararme defensor de la ley, y dar amparo á Antonio Perez, que por los fueros de Aragon tenia derecho á él, me cortaron á mí la cabeza.
—Y diga V., ¿es también un derecho individual que todos los españoles sean generales, coroneles ó comandantes? porque al pasar por las calles de Madrid he visto tantos jefes que me he quedado asombrado.
—Hombre, no; pero ya vé V., los pronunciamientos traen esas consecuencias.
—¡Ya! Y el objeto de los pronunciamientos es que se enriquezcan algunos que llegan á ministros.
—Eso ha sucedido siempre. Los ministros se han hecho ricos en todas épocas. Ahí está el marqués de la Ensenada que no me dejará mentir.
—El marqués de la Ensenada sería un tunante.
—¿Quién me insulta por ahí?
—Yo, que digo que V. se hizo escandalosamente rico, á fuerza de enjuagues.
—Pues V. puede hablar. Todavía se dice en el mundo cuando se quiere ponderar lo excesivo de los gastos que hace alguno por cuenta de otro, que presenta las *cuentas del Gran Capitan*.
—Yo presenté aquellas cuentas por humillar al rey que me las pedía.
—Yo si ahorré algunos cuartos, en cambio creé la marina española que ha servido hace poco para dar libertad á España en la bahía de Cádiz.
—Eso no es cierto. La marina que V. creó pereció en Trafalgar; bien puedo asegurarlo yo que soy uno de los pocos que escaparon con vida de aquella catástrofe.
—¡Es V. tal vez el general Gravina!
—Sí por cierto.
—Pues vengan esos cinco.

—Allá van
Y despues de estas palabras, Gonzalo de Córdoba y Gravina, comenzaron á hablar en voz tan baja de Prim y de Topete, que nos fué imposible oír mas.

DE VUELTA EN EL PUEBLO.

—¿Qué tal, Silvestre?... ¿os habeis divertido?...
—Desfigurate tú, todavía traigo la música en los oídos... Aquello era lo que habia que ver... Todo el dia y toda la noche oyendo música.
—¡Anda! ¡anda!
—El primer dia fuimos á la *pormurgacion*... Allí habias de ver tú caballeros... *Toos* de negro, con sus guantes, y uno leyó así como un bando, y luego pasó la tropa, y la *melicia*, que todos se nos quedaban mirando...
—¿Y qué mas?
—Luego fuimos á una *prazuela*, donde habia un señor subido en una piedra, muy puesto de capa...
—¿Y qué dijo?...
—Ná; allí, desde abajo, le hablaron otros sugetos, y él sin decir una palabra. Luego comimos en la *fonda*... tres cubiertos de á seis *riales*, y nos pusieron hasta rábanos... y ahí te he traído un poco de queso, y un par de cucharadas de arroz con leche, todo envuelto en un papel... También fuimos al café, y tomamos *sobrete*, que á mí se me pasaron las muelas de tan frio como estaba, y allí por poco padre rompí la cabeza á uno, con ese genio que tiene, porque como no puede tomar nada frio, mandó que le calentaran el *sobrete*, y unos señoritos que estaban allí cerca se echaron á reir...
—¿Y no tomó el *sobrete*?
—¿Qué habia de tomar con el coraje que tenia... Le hubiera dado un asiento... tomó un par de huevos con patatas, para no irse sin refrescar. Por la noche fué lo bueno.
—¿Qué hubo?...
—Toma! luces de colores por el aire, y muchos *cobetes*, y mucha *porcora*, y todo salia del agua donde estaban metidos los que echaban todo aquello... Era una cosa *dina* de verse, y una claridad que parecia de día...
—¿Y cómo hacian todo eso?...
—Padre dice que son cosas de matemáticas...
—¿Y á la reina, la viste?...
—Calla, mujer, si no hay reina... Pero *vide* al rey, que iba en un coché con *sordaos* detrás y delante... es uno con barbas bajillo el, y de buenas carnes, toda la cara del *herraor*... Ese, en la *circumonia* se sentó allí muy repantigado, y lo estubo oyendo *to*, y luego se metió *pá dentro*, y volvió á salir á ver pasar la tropa... A mí no me quitaba ojo.
—¿Y qué habeis comprado?...
—Ya ves, mi padre se ha comprado una capa, mi hermana ha traído una cosa para *aburtarse* por detrás, que hay allí tiendas de eso que es un gusto... El domingo, cuando vayamos á misa, *arregurala* y verás cómo se le conoce, y qué bien le cae.
—Y tú, ¿qué te has traído?...
—Yo, como todo mi pelo es tener pelo, y se me cayó cuando tuyo las viruelas, me he traído dos botes de aceite de bellotas, que dicen que le sale á uno el pelo que es una barbaridad... Figurate que los papeles han puesto que un dia una criada por equivocacion echó en un vaso un poco de aceite de bellotas, y habiéndolo bebido el amo creyendo que era vino generoso, le salió una trenza dentro del *estógamo* que le salía por la boca, y todos los dias se le peinaba, y todos los hijos que ha tenido tienen borlitas de pelo que les salen por la boca, las narices, los ojos, las orejas y los dedos... Ya ves tú si será cosa de fuerza...
—Buenas tardes, señor *arcade*.
—A los pies de Vds., señores, *stentensen* usias... Se abre la sesion. Cierra tú la puerta, Judas, y echa al perro. He *convocao* á usias á mi *domicilio*,—vaya V. poniendo el *ala*, señor secretario.—Pues como digo, he *convocao* á usias como *regros* de este ayuntamiento *constitucional*, republicano federal, y en mi *caliá* de *arcade* primero, imágen del rey (que Dios guarde) so-

bre la tierra, para poner á usias al corriente de haber yo asistido en persona á la jura de la *Constitucion demoplástica*, en nombre de *el pueblo m sárdito*, que me ha dado esta vara *pá* que le gobierne con arreglo á mis luces, y por ser yo aquí el que tiene mas pares de mulas,—y lo que siento es que este año se me han muerto dos del muermo, y Dios les libre á usias de semejante enfermedad!... En efecto el domingo llegué en el tren á las ocho, y *ato continuo* fui á parar á la posada de los Huevos, donde tenia *indispuesto* un cuarto con arreglo á *mi arta categoría*, — y ya pondré como nota lo que he *gastao* para que se me abone,—y despues de lavarme la cara y tomar el necesario alimento, me dirigí á las *Córtes*, donde se me franqueó la entrada con los honores de mi cargo, y allí asistí á la *lectura* de la *Constitucion*, la que tuve á bien aprobar en nombre de este *ilustre* pueblo, hallándola bastante *regular*, aunque noté que no se decía nada de los *arcades*, ni se hacia mencion de este ilustre pueblo. Tambien debo hacer *costar* en el *ata* que autoricé con mi presencia el *ato* de destapar la *estaula* de Mendizabal, que dicen que fué un hombre de talento, progresista y ministro, y no le faltó mas que ser *arcades* *pá* ser un hombre completo. El gobierno me convidó luego á la corrida de toros, y allí estuvo *dinamente* representado el pueblo que me ha puesto la vara en la mano, y con *ojeto* de que no sufriera retraso mi real servicio, esta mañana tomé el tren, y hace hora y media he vuelto al desempeño de mi cargo.

—Bien, muy bien.
—Ahora en prueba de la alegría con que se ha *recibio* la *Constitucion*, ordeno y mando:
1.°—Mañana al amanecer habrá repique de campanas.—2.° A las doce comila *constitucional* en casa del señor cura, que tiene mucho lomo en adobo, y por mayor de cuanto Dios crió, á la que quedan usias convidados.—3.° A las cuatro de la tarde se corre a enmaromada una vaca, que puede ser una de las del señor cura.—4.° Al anochechar, baile en la plaza, bajo mi presidencia.—Pasado mañana.—Corrida de gallos, que pondrán usias, cada uno el suyo.—2.° *Lectura* de la *Constitucion* en el *barcon* del *cabird*, que concluirá con seis cohetes.—3.° Comedia en el corral del ayuntamiento, dirigida por el cirujano, que ha sido peluquero da un *t eato* en Madrid y tiene ya costumbre de las *t ablas*. Se *echará* D. Juan Tenorio y la *Flor de la canela*, todo bajo mi presidencia.—Esté es el *porgrama* de la funcion: ¿se aprueba?

—¡Sí, sí!
—Pues se levanta la sesion. ¡Viva la *Constitucion*! ¡Viva la *republica*!
—¡Abajo los Bolbones!
—¡Abajo!
—¡Abajo las quintas!
—¡Abajo!
—¡Abajo las contribuciones!
—¡Abajo!
—¡Abajo el juez de paz, que es cuñado de un primo de uno que estuvo de secretario de Gonzalez Brabo!
—¡Abajo!
—¡Abajo la cárcel!
—¡Abajo!
—Secretario, requiera V. al pregouero para que salga á dar noticia al pueblo de las fiestas *constitucionales* que se van á celebrar en *orsequio* de mi real servicio.

—¿Qué tal, esposo?...
—¡Jesús! ¡qué sofocado vengo! ¡qué barullo, cuánta gente, qué calor en Madrid!
—Pero habrás aprovechado el viaje.
—Mucho.
—¿Te has presentado á Serrano?
—Busqué al diputado y él me acompañó. Muy guapo Serrano, muy amable, me dijo que hacia mucho calor y que estaba muy cansado, y presentándole la relacion de mis servicios, me advirtió que fuera á ver al general Prim.
—¿Y le verías?...
—¡Quiá! fui tres veces y me dijeron que si no llevaba *Besa la mano*, no podia verle; la tercera vez dije, cansado ya: —Hombre, yo le besaré á S. E. la mano y hasta la cara, pero déjeme V. entrar, y se me echará á reir.
—Verias á lo menos á Sagasta.
—¿Qué si quieres!
—Y á Topete.
—A Topete le ví y me dijo que fuera á ver á Rivero.
—Vamos, ¿y qué te dijo Rivero?...
—Nada, porque no le he podido ver.
—Pero entonces, ¿á quién has visto?
—A nadie, vamos al decir; lo que he hecho ha sido dejar un memorial á cada ministro.
—¿Y te vienes así?
—¿Qué habia de hacer? En la fonda me llevaban un duro diario, salia á la calle y me atropellaban los coches, iba al teatro y me ponía malo, viendo bailar ero que se llama el *can-can*, me duelen los piés de tanto andar y subir y bajar para no ver á nadie; en la Puerta del Sol, me quitaron del bolsillo ocho duros, al retirarme á casa antes de ayer me quisieron robar y no llevando yo qué me robaran, me dieron un pale, y por fin ayer mañana, paseando por la calle de Atocha, me mordió un perro en la pantorrilla, que dicen si iba ó no rabioso.
—¡Jesús! ¿vas á rabiar?
—No tengas cuidado, como ya estoy rabiando cesante hace diez años, ¡qué efecto me ha de hacer eso? El perro si que sino rabiaba cuan lo me mordió, rabiará de seguro ahora.
—Pues mientras has estado en Madrid, te ha enviado el alcalde el fusil para que seas miliciano.
—¿Sí? Ya le diré yo que se lo lleve y no me lo envíe hasta que me envíen el empleo. Yo no soy miliciano á palo seco.
—Mira, Feipa, me tienes que dar los veinte duros que tienes guardados para cuando el chico entre en quinta.
—¿Para qué?
—Ya no hay quintas.

—¿Qué sabes tú lo que pasará de aquí á cinco años?
—No hay quintas, te digo.
—Pero hombre, ¿no ves que en España se quitan y se ponen las cosas cincuenta veces?
—En fin, te digo que necesito los veinte duros.
—¿Para qué?
—Toma, para comprarme un uniforme de miliciano como los que he visto en Madrid. Vergüenza me daba á mí ir con el fusil, y las medias azules, y el pañuelo en la cabeza.
—¿Y qué más dá?...
—Nada, que me compro el uniforme.
—Pero hombre, ¿no ves que en el pueblo ninguno tiene uniforme?...
—Mejor, por eso le quiero yo. Ya verás, es un uniforme como de moro.
—¿Hombre!
—Todos se van á quedar aquí con la boca abierta, y me tendrán que hacer capitán.
—Bu no, pues te daré los veinte duros, pero, ¿sabas lo que ha dicho el médico ayer?...
—¿Qué?
—Que estoy otra vez embarazada.
—¿Toma! eso ya lo sabia yo.
—Lo que siento es que no tengo nada hecho para el niño, ni camisas, ni pañales, ni nada.
—¿No?... Pues se hace.
—Ya lo creo, pero con lo poco que ganas este año....
—¿Toma! te gatas los veinte duros... Ya no me compro el uniforme... Estaria bueno que yo fuera vestido de moro, y el chiquillo en cueros.
—Vamos hombre, no has perdido el juicio en Madrid.
—Pero te digo que en teniendo dinero, me hago yo un uniforme, que ni el de Prim.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

EPISODIO HISTÓRICO.

Existe una hermosa ciudad, coqueta sirena de los mares, que absorbe sin cesar raudales de oro, para trocarlos en ricos y preciados frutos: que atrae á su seno los diputados de todas las naciones del Universo, ansiosos de dividir con ella sus riquezas. Esta ciudad es la esclarecida pátria de Tibulo y Homero, la mas hermosa joya de Turquía, la rica y comercial Esmirna.

Tiene un puerto, cuya inmensa concha se interna en la ciudad, la cual está edificada, parte en anfiteatro en la falda de una montaña, y parte sobre una llanura á lo largo del Golfo, presentando un magnífico punto de vista por sus cúpulas y medias naranjas, por sus elevados minaretes, torres y agujas que descuellan sobre las casas.

Cóbjala el poético cielo de la Jonia, arrastra un larguísimo manto sembrado de frutos y de flores, y se espeja en las murmurantes ondas de su golfo, que sirve de albergue á cien y cien naves mercantes.

Hermosura, riqueza y poderío, nada falta á su felicidad, y, sin embargo, también ha habido para ella dias de luto y de amargo desconsuelo, porque tambien las ciudades sufren los rigores de su contraria suerte.

El rayo hiere más pronto á la altanera encina que á la florecilla del campo, y en la ley de compensacion y perfecta armonía que rige al Universo, es proporcionado al esplendor el infortunio proporcionado á la risa el angustioso llanto.

Esmirna fué victima varias veces por su hermosura, de la codiciosa saña de los hombres, pero en 1778, llegada al último grado de la molición inherente á la sobrada riqueza, lo fué, cual las ciudades malditas, de la justa cólera de Dios.

Hacia ya algun tiempo que subterráneas sacudidas la presagiaba una catástrofe; pero adormecida en el lujo y los placeres, despreciaba, incrédula, estos salvadores avisos, cuando el día 3 de julio, á las dos y media de la mañana, espermentó un terremoto tan fuerte, que en un solo instante, palacios, casas y mezquitas se desquiciaron, vacilaron los montes, y el muelle, desprendido de la ciudad, pareció una nave zozobran-te en medio de los irritados mares.

En vano los infelices moradores, tan bruscamente despertados de su apacible sueño, quisieron apelar á la fuga: los unos quedaban sepultados entre los escombros de sus casas los otros, aplastados en las calles bajo las masas de piedra desprendidas de los edificios, que por todas partes iban viniendo al suelo.

Cada sacudida era acompañada de una horrible detonacion, parecida á un cañonazo, y con tanta frecuencia se sucedian aquellas, que cuando se iba estinguendo á lo lejos su estampido, volvía á reumbar con nueva fuerza. Instantaneamente volcáronse las murallas, cuatro mezquitas, tres baños publicos é infinitos edificios particulares, y para colmo de infortunio se pegó fuego á una casa inmediata á la del cóausul de Francia.

Cual instrumento de la cólera divina, levantóse entonces un huracan impetuoso, que dió pábulo al incendio, y al siniestro reflejo de las llamas viéronse tambalearse los edificios, los montes, los bajales, pareciendo una legion de espiritus malé-ficos, danzando sobre los despojos de la muerte.

Las calles estaban obstruidas de piedras, muebles rotos, joyas y mercancias, mezcladas con miembros mutilados y charcos de humeante sangre. Los gritos de los infelices aplastados debajo de las ruinas, el llanto de los que veian perecer á los queridos objetos de su alma, los mugidos del mar, y el ronco son del viento, todo formaba un espantoso concierto, que aumentaba el horror de aquella escena.

Recogió por fin, la noche sus velos, quiso asomarse el sol por el Oriente; pero horrorizado al contemplar el fúnebre cuadro, escondió de nuevo su faz entre nubes. Mas no faltaron por esto resplandores á aquella saugriente fiesta de la muerte:

el cielo y el mar reflejaban los de las llamas, y todo el espacio que abarcaba el horizonte, parecia convertido en una hoguera.

Helados por el terror, sin fuerzas para remediar tanta desdicha, los pocos que habian sobrevivido á la catástrofe, se hallaban reunidos en la llanura. Era un espectáculo desgarrador y sublime al mismo tiempo, el que se ofrecia á la vista. Todos aquellos hombres de distintas razas y naciones, desde el que habia salido el sol en los floridos campos de la América; desde el civilizado franco hasta el mas salvaje hijo del desierto, todos estaban igualmente arrodillados, é igualmente alzaban sus manos al cielo, implorando la piedad del árbitro Supremo.

Tuvieron lugar en esta memorable noche, bajas acciones que revelan el instintivo egoismo de los hombres; pero compensados por rasgos de sublime desprendimiento, que muestran la elevacion á que puede remontarse su alma, ennoblecida por la virtud y el entusiasmo.

Viéronse, es cierto, algunos hijos que precipitaron á sus padres en las ruinas, para abrirse pronto paso en la fuga; madres que abandonaron sus hijos á las llamas; pero tambien numerosos hijos y madres que perecieron heroicamente al lado de los seres queridos de sus almas.

Era, como hemos dicho, al rayar el dia: las llamas iban avanzando siempre, precedidas por un denso torbellino de humo, y ya ganaban la primera casa de los arrabales.

De repente apareció en lo alto de una de sus torrecillas, una mujer palida, desmelenada, casi loca; llevaba un niño en los brazos, y presentándolo convulsivamente al pueblo, le pidió con ese acento desgarrador, que solo pertenece al amor maternal, que salvara á su hijo.

Aquellos infelices habian asistido durante toda aquella noche á cien escenas semejantes, y su sensibilidad estaba embotada. Miráronse unos á otros, y nadie se sintió con valor para hacer el sacrificio de su vida, entrando en una casa que ya empezaba á ser invadida por las llamas.

Entonces se presentó una mujer: casi una niña. Era una hermana de la Caridad que habitaba en el Hospital que dirigian aquellas santas mujeres en el cuartel de los Francos, visitado por su nombrada de todos los extranjeros que llegaban á Esmirna, la que con el heroísmo que presta la fé del Dios que murió por redimirnos, habia ejecutado durante la catástrofe actos de una intrepidez inaudita. Por todas partes se la habia visto donde era mas inminente el peligro; donde la muerte se ensañaba con mas furia. El fuego del entusiasmo brillaba en sus ojos, y la divina aureola de la caridad cristiana parecia coronar su frente.

Hubiérase dicho que las llamas retrocedian ante ella, que los vacilantes edificios, próximos á caer, se detenian, cual si la franqueasen el paso. Cien víctimas habia arrancado á la muerte: tiernos huérfanos que habian visto perecer á los autores de sus dias, quedado sin amparo; decrepitos ancianos, míseros enfermos, que se arrastraban por el suelo, intentando en vano salir de aquellas tumbas, próximas á tragarlos, habian recibido la salvacion de su heroísmo!

Allí estaba entonces descansando de tantas fatigas, arrullada por las generales bendiciones, cuando aquel grito vino á recordarla que no debe descansar el que milita bajo la bandera de Cristo, interin haya llanto que redimir, palmas gloriosas que alcanzar.

La jóven se lanzó llena de santo ardor hácia el sitio en donde la llamaba el infortunio: la multitud exhaló un grito de espanto y quiso detenerla.

En aquel instante oyóse el lejano bramido del huracan subterráneo que avanzaba, y las llamas, impelidas por el viento, jamieron la torrecilla.

La infeliz madre se lanzó á la balaustrada, soltando nuevos y mas desgarradores gemidos.

—¡Una escala! pronto, ¡una escala! gritó la jóven con ese acento imperativo que sabe souzgar las almas.

El pueblo obedeció, y pronto la escala salvadora fué apoyada en la pared.

Mas tal vez era ya tarde: la triste madre, ahogada por el humo, cayó al suelo moribunda, y ya habia dejado de existir, cuando aun estrechaba á su hijo entre los brazos.

No habia tiempo que perder: el ruido crecia, crecia sin cesar, y las llamas avanzaban siempre.

La jóven elevó sus miradas al cielo, murmuró una plegaria, y subió intrépidamente por la escala.

Todos los corazones cesaron de latir; todos, subyugados por el terror, parecian haberse convertido en inmóviles estátuas.

La jóven llegó á la torrecilla con la rapidez del pensamiento, y cogiendo al niño, lo arrojó á la multitud, que habia estendido precipitadamente sus brazos para recibirlo.

Luego quiso bajar, salvó á gunos pedaños, mas ¡ay! sonó la fatal detonacion, se conmovió la tierra, y los escombros del desplomado edificio sirvieron de sepultura á la heroína.

Afirma la tradicion, que en aquel momento supremo, los habitantes de Esmirna vieron brillar entre el humo del incendio una luminosa estrella, que subió rápidamente al cielo...

¡Es que Dios la llamaba á sí, para cenir á sus sienas la corona del martirio!

Los sacudimientos se sucedieron casi sin interrupcion hasta el mes de setiembre; pero á pesar del general desconsuelo y la escasez de víveres, el pueblo no abandonó jamas al huérfano, y como nunca es infructuoso un benedicto, á las inmensas riquezas que éste adquirió mas tarde con su talento, debió Esmirna el volver á inscribir su nombre entre las ciudades mas poderosas.

Sobre las ruinas donde espiró la hermana de la Caridad, erigieron un magnífico sepulcro, y allí van las vírgenes á rendirle su tributo de flores; allí acude á los extranjeros de todas las naciones, para admirar su heroísmo y bendecir su nombre, porque la virtud es como el sol, que en toda la redondez de la tierra resplandece, y su luz en todas partes benedecida.

ANGELA GRASSI.

CASCABELES.

Pregunta un periódico:
 ¿Es cierto que en un hospital existe de director una persona que es cuñado de uno de los ministros del último Gabinete?
 Yo no lo sé, pero si es así, ¿qué tenemos con eso? ¿Es un hijo el cuñado?
 Si es así, quítesele el destino.
 Pero si, como es de creer, es un hombre de bien y cumple bien en su empleo, ¿por qué se le ha de quitar?
 ¿Tiene él la culpa de que u cuñado haya sido ministro con la ex-reina ó con el moro Muza?
 Nos parece impropio de la prensa meterse en estas pequeñas cosas.
 Si se va á perseguir y á negar todo derecho á los que son parientes de ministros que no hayan sido progresistas, bonita libertad es la que se nos ha entrado por las puertas.
 Se ha olvidado en la Constitución un artículo que diga:
 —A todo el que sea cuñado, sobrino, tío, nieto, suegro, etc., etc., de algún ministro de la que fué reina de España, no se le podrá dar empleo, se le quitará, si le tiene, y se le dará un palo.

Pronto parece que va á tratarse en las Cortes de la devolución de las multas á los periódicos.
 Protestamos con todas nuestras fuerzas contra este proyecto, que debe retirarse de de luego, y si al fin se discute, esperamos que los diputados que quieran honrar á la prensa, votarán en contra.
 La devolución de esas multas es el desprestigio de la prensa para siempre.

El Sr. Rubí, un buen empleado, ha sido declarado cesante por el enorme delito de ser hijo del popular y distinguido autor dramático Sr. Rodríguez Rubí, ministro que fué en los últimos meses de la situación anterior.
 No podemos comprender la equidad de esta medida.
 No hizo bien el Sr. Rubí en ser ministro en una situación tan desacreditada, pero esto no importa que el Sr. Rubí haya sido y sea una persona honrada y distinguida y que su hijo pueda ocupar dignamente un destino en servicio de la nación.

Un periódico progresista dice que este pueblo es ya soberano.
 Ya lo huelo, que es así.

Si cree que el pueblo lo componen solos los señores Rivero, Prim, Serrano y Olózaga, en efecto es un pueblo soberano, porque ellos son los soberanos, y nosotros los paganos.
 ¡Pueblo soberano!
 ¡Bonita frase! como si el pueblo no tuviera siempre lo mismo en monarquía, que en república, que en el limbo, que es la situación de hoy, quien le haga pasar mil trabajos y abuse de su credulidad y le saque hasta el último ochavo del bolsillo.

Parece que hay oposición á traer al Panteon nacional los restos de Alfonso el Sábio.
 —¿Por qué razón? dirán Vds.
 —Porque fue rey, contestan los que se oponen.
 ¡Bonito país! la pasión política sobrevive aquí á todo.

La Igualdad del miércoles hace una biografía del nuevo regente, que le quita á cualquiera la gana de ser hombre político, ministro, regente, ó cosa así.
 ¡Jesús! primero me ponía yo á vender buñuelos que exponerme á ser tratado de esa manera por un periódico.

Varios periódicos se quejan de no haber sido invitados á las funciones de toros y de teatro con que se ha celebrado la sexta chilucion, digo Constitución.
 ¡Toma! pues á mí tampoco me invitaron, y me hicieron gran favor, porque á mí no me gusta ir á ver las barbaridades de los toros, ni tengo deseo de asarme de calor en el teatro.
 De to los modos, bueno es que se sepa que hay prensa privilegiada para todas esas fiestas progresistas.

La Esperanza trata de probar que en la guerra civil los cristinos hicieron mas barbaridades que los carlistas.
 Paréceme á mí que unos y otros las hicieron muy gordas, y que el recuerdo de tanta sangre derramada por hermanos bastará para que el país entero se niegue á toda participacion en nueva guerra que se intente.
 La guerra civil es la mayor plaga que cae sobre una nación.
 Dios solo puede perdonar á los que mantuvieron durante siete años la guerra civil en España.

Están llamando la atención, con fundado motivo, las caricaturas de La Flaca, periódico que se publica en Barcelona. Su mérito artístico es mucho como idea, dibujo y estampacion en colores, y el autor, aunque chispeante é intencionado en su lápiz, no pasa los límites del decoro, cualidad precisa en toda publicacion para que pueda tener una general acogida.

No cometemos exageracion al decir que, en su clase, no hemos visto nada que supere á las caricaturas de La Flaca. Damos la enhorabuena al autor de las mismas, y al distinguido litógrafo señor Vazquez, editor, y en cuya casa se estampa.

APUNTES BIOGRÁFICOS
 DE LOS
 ESPAÑOLES ILUSTRES
 CUYOS RESTOS
 VAN A SER TRASLADADOS
 AL
PANTEON NACIONAL
 el domingo próximo.

Este bonito y curioso folleto se venderá el domingo en la administracion de EL CASCABEL, Hileras, 4, y en los kioskos y cafés.

2 REALES.

Para provincias á 2 1/2 haciendo el pedido á la administracion de EL CASCABEL.
 La mitad de los productos de este folleto se destinan á los asilos de beneficencia.

OBRAS

DE
D. C. FRONTAURA.

Se venden en la Administracion de EL CASCABEL, Hileras 4.— En Barcelona en la libreria de D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva, número 5, y en las demás capitales, en los establecimientos de los corresponsales de esta empresa. En las estaciones de los caminos de hierro se hallan tambien ejemplares.

Á OCHO REALES.

Caricaturas y retratos. 1 tomo.
 Galeria de matrimonios. 1 idem.
 Cosas de Madrid. 1 idem.
 Viaje cómico á la Exposicion de París (con láminas) segunda edicion. 1 idem.

Á CUATRO REALES.

El caballo blanco, estudio de costumbres teatrales: . . . 1 tomo.
 Romances populares. 1 id.
 Historias tristes. 1 id.

EN PRENSA.

Las tiendas.
 Esta obra se regalará á los que se suscriban á EL CASCABEL por un año.

MADRID: 1869.—Imp. de D. Carlos Frontaura,
 A CARGO DE DIEGO VALERO,
 Calle de las Hileras, núm. 4.

FOLLETIN DE EL CASCABEL.

producto de la venta de algunas alhajas y muebles, cuya falta has notado. No debo nada á nadie, que es lo principal. Ya ves que no es tanta mi desgracia; por tí es por quien lo puedo sentir.
 —¿Por mí?... Vamos, esta desgracia no es un efecto tan grande como yo me figuraba, porque Dios me dará salud y disfrutando yo de este beneficio, no carecerá V. de nada. Lo que sí considero grave fa ta en V. es no haber sido franca conmigo. Debió V. escribirme esta desgracia y yo hubiera sabido lo que hacer. ¡Pobre madre mia! ¡sufriendo tantas privaciones por no darme un ligero pesar! ¡Y ella... Ella debe haber sufrido mucho... pero... madre, una idea horrible tengo... mi hermana, mi prometida no vive aquí!...
 —Si, hombre, ¿no ves allí su lecho?...
 —Su lecho, sí, sí... pero ella, ¿por qué no está aquí?... Hable V. por Dios, madre mia, dígame V. toda la verdad.
 —No puedo.
 —¿Virgen Santísima! ¿me ha olvidado?... ¿Ha encontrado á sus padres?... ¡Ah, ya comprendo! soy un neco, que la estoy agraviando... Ella trabajó para ayudarla á V... Por eso no ha ido á recibirme.
 —¿Alma buena! exclamó la madre, abrazándose á su hijo.
 —¿Qué! ¿no es eso?
 —Por Dios, hijo mio, no me preguntes cosas.
 —¡Ah! la ha abandonado á V... Acaso otro amante...
 —No, no, hijo mio. La creo honrada, pero...
 —Hable V. de una vez.
 —Pues bien, ¿tienes fuerza de voluntad bastante para domar los ímpetus de tu corazón?
 —Sí señora.
 —¿No influirá lo que te voy á decir en tu suerte futura?
 —La incertidumbre es la que me mata.
 —Pues prepárate á oír una amarga verdad...
 —¿Dios mio! dadme fuerzas.
 —No te ama.
 —¿No me ama?
 —No; nació con un corazón insensible, con

un alma ingrata... ¿Quieres tú enmendar la obra de la naturaleza?
 Luis quedó aterrado.
 Pasaron algunos minutos; cubrióse el rostro con las manos, y lloro.
 —¡No me ama! murmuró con profunda pena, con acento desgarrador, como quien se despidió de la esperanza, que es el último bien que el hombre pierde en la vida.
 —¿Comprendes ahora mi profunda pena al volver á estrecharte en mis brazos, despues de tres años de ausencia?
 —¡No me ama! repitió. ¡Yo sí la amo!... ¡Desdichado de mí!
 —¿Luis!
 —¡Y por eso no se atreve á presentarse! ¡por eso no ha ido á recibirme!... Yo, por mas que la ame de todo corazón, no puedo exigirle un amor que no existe, pero, ¿por qué no me lo dice ella?... Yo sufriré en silencio, deseando que sea feliz, y si ama á otro, si ama á un hombre digno de ella... ¡oh! ¡esto es horrible!... yo mismo la entregaré á ese hombre afortunado, que ha sabido interesar su corazón, que valdrá infinitamente mas que yo... ¡Ella no me ama, y la otra me amaba tanto!
 —¿Quién, hijo mio? preguntó la madre, como si viera un rayo de esperanza.
 —¡Es una triste historia! ¿Y dónde está?
 —¿Por qué no viene?...
 —Hijo, no ha querido.
 —Pues ¿de qué le reuerde la conciencia? Que venga, dígame V. dónde está, y yo iré á buscarla...
 —Es inútil, no vendría.
 —Pero, madre, ¿qué misterio es este?... ¿qué ha hecho esta mujer?...
 Llamaron á la puerta en el mismo instante; era el cartero que traía una carta del extranjero para Luis.
 Luis la tomó en sus manos, y miró con espanto el sobre enlutado.
 La carta estaba concebida en estos términos:
 «Suponiendo á V. de regreso ya en su país, le participo que hace dos días, Dios nuestro Señor, se ha servido llamar á su santa gloria á mi idolatrada hija Virginia. Su úl-

CAPITULO XXIII.

La muerte de un corazón.

La madre del pintor volvió á su humilde casa en la mayor desesperacion.
 —¿Qué va á ser de mi hijo?... El, tan sensible, tan bueno, tan honrado, que hace tres años está acariciando la dulce ilusion del amor que supone le espera, ¿cómo recibirá este golpe que le preparo?... ¿Cómo le digo que su prometida no le ama, que ha sabido con la mayor indiferencia su regreso, que ama á otro, ó es mas infame todavía, porque, sin amarle, le finge amor por una miserable mira de interés?... ¡Pobre hijo mio: la gloria le sonríe, la fortuna le favorece... y una mujer ingrata, una infame, una serpiente que hemos criado en nuestra casa, que á nosotros nos debe no haber muerto helada en la calle, ó estar en un asilo de caridad, viene á destruir la ventura de mi hijo, y á emponzoñar su existencia y la mia!... ¡Ah! ¡desgraciada de mí! ¡qué mal hice en hacerle conocer esa sociedad engañosa y miserable que se llama el gran mundo! ¡en esa sociedad se emboja el sentimiento, se endurece el corazón, se pierden las dulces y desinteresadas afecciones, y

se adquieren las pasiones avasalladoras de la vanidad, la envidia y la soberbia.
 El día siguiente todavía no queria persuadirse la buena madre de la perfidia de su hija adoptiva, y otra vez fué á verla, siendo recibida con verdadero enojo por la ingrata.
 —Otra vez, la dijo, vengo á pedirte, hija mia, la vida de mi hijo.
 —Pero señora, V. se toma unos cuidados que su hijo de V. no le agradecerá. ¿Cree usted que Luis en sus viajes no se ha olvidado ya de aquel juego de niños?
 —No, hija mia, no se ha olvidado; como tú no le amas, no comprendes su corazón.
 —Pues ya he dicho á V. que me es imposible abandonar la buena obra en que estoy empeñada.
 —Pero, mira, no te pido mas que un momento. Vamos á recibirle, y luego te vuelves á cuidar de tu enfermo. ¡Feliz ese hombre que te inspira mas interés que tu misma madre y tu hermano!
 —Señora, es imposible.
 —Por Dios, te lo pido, por el perdón, en la

JARABE DE CORTEZAS DE NARANJAS DE J. P. LAROZE, FARMACUTICO EN PARÍS.

35 años de éxito atestiguan su conocida eficacia.

TÓNICO EXCITANTE, para recomponer las funciones del estómago, activar las de los intestinos y curar las enfermedades nerviosas agudas ó crónicas;

TÓNICO ANTI-NEURVOSO, para curar esas indispociones numerosas precursoras de las enfermedades que él cura al nacer y facilitar la digestión;

ANTI-PERIODICO, para quitar calofrios y calores con ó sin intermitencia, y curar gastritis, gastralgias;

TÓNICO REPARADOR, para combatir el empobrecimiento de la sangre, la dispepsia, la anemia, el agotamiento, inapetencia, languidez.

Este jarabe está siempre en frascos especiales con instrucción revestida de la marca de fábrica de J. P. LAROZE, 2, rue des Lions-Saint-Paul, París.

Depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3, Madrid.

Depósitos: Madrid, Borrell hermanos: Sanabria; Moreno Miquel.—Barcelona, Ramon Cuyas, calle de Llauder, 4; Borrell hermanos; Gomez y Fortuny.—Alicante, Hernandez.—Cádiz, Taconet.—Valencia, Miguel Domingo y Roncal, y en casa de los principales farmacéuticos.

FAMOSO ACEITE DEL DR. BRIL. El tan preconizado aceite del Dr. Brill para la calvicie, se vende en la conocida Droguería Universal Central, Fuencarral, 116, a razón de 5, 8 y 24 rs. frasco único punto de depósito.

RDADERAS INYECCION CAPSULAS RECORD DE CH. FAVROT. Pasador de las Formulas autenticas. Evitar las falsificaciones, ex- nombre y firma: CH. FAVROT. 103, rue Richelieu, París. Presente en España: Inyeccion 16 p. Depósito en Madrid en las farmacias y en laboratorio del doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3.

TÓNICO ESTOMÁTICO. VINO DE PALERMO, DE QUINA Y COLOMBO. APERITIVO FEBRÍFUGO. EL MEJOR RECONSTITUYENTE y EL MAS PODEROSO REPARADOR DE LAS FUERZAS VITALES. Conviene a los niños débiles, a las mujeres delicadas, a los convalecientes, a los ancianos debilitados, como así mismo en las neurosis, las diarreas crónicas, las clorosis, etc. (Abeja Médica, francesa y Gaceta de los Hospitales). Depósito en París, rue de la Feuillade, 7. En Lyon, calle de la Emperatriz, 3, y en las principales farmacias de Francia. Depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, Caballero de Gracia, 3, donde podrán dirigir sus pedidos los demás señores farmacéuticos.

À TODOS LOS QUE SE BAÑEN, SE HAYAN BAÑADO, Ó TOMEN LAS AGUAS. Aceite de Bellotas del mismo inventor, para los cabellos y la epidermis. Seis años de experimentos satisfactorios, de crédito rápido y creciente; la venta de cuatro millones de frascos, las recomendaciones de médicos higienistas, alópatas y homópatas, las de más de 500 periódicos Europeos, Americanos, Indios y Chinos, la oferta de sesenta mil duros, Yukis, por la adquisición del negocio, justifican ser el primer cosmético-medicinal, de los conocidos en los 5.873 años que registra la historia del mundo. Leed lo que decía La Política en 15 de Julio último. «A LOS BAÑISTAS.—Si para toda clase de personas, es utilísimo el aceite de bellotas, que ya en otras muchas hemos recomendado, como inocente cosmético y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizá, tiene una aplicación tan directa y recomendable como, para los bañistas; sabido es, en efecto la humedad que constantemente conservan en la cabeza los que hacen uso de los baños, perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la acción destructora que en él ejercen los cloruros, potasas, sulfuros, carbónatos, y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas. Ahora bien, el Aceite de Bellotas inventado por el Sr. Brea y Moreno, neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndolo fresco, lustroso, flexible y viniendo a ser un auxiliar, ó mas bien un correctivo de los inconvenientes que lleva consigo la hidroterapia. Por esta razón encargamos a todos los bañistas que no olviden en su neceser de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido.» Se vende en mil farmacias, droguerías y perfumerías, desde el Mediterráneo, al continente Americano; desde el Pacífico, al Océano Atlántico, etc. y en las casas de la fábrica, calle de las Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 3, Madrid; a 6, 12 y 18 rs. frasco. Exíjase mi prospecto, timbrado, mi nombre en los frascos y cápsulas y la rubrica en la etiqueta, porque hay falsificadores sin decoro ni conciencia del secreto, cuyo Ukase les espeluzna para Sierra-Morena, Melilla, Alhucenas, Gomera ó Fernando Pó ó de-Pó, (Golfo de Guinea). El inventor L. de Brea y Moreno, proveedor universal. NOTA.—Por mayor se hace 25 por 100 de descuento en el almacén.

CHOCOLATES MEDICINALES COLMET. Los únicos que han sido premiados con medalla de oro, plata y bronce en las diversas exposiciones, y que cada día son recomendados por los más célebres médicos de París. El chocolate ferruginoso de Colmet para la curación de las clorosis, de los males de estómago, de las pérdidas uterinas, y para fortalecer los temperamentos débiles. Precio en París 1 fr. la caja; en España 14 rs. Chocolate purgante de Colmet, como derivativo contra los dolores de cabeza, sobre todo cuando van acompañados de vahidos, contra las obstrucciones, las enfermedades del hígado, la bilis y los humores en general: En París 1 fr. 25 céntimos la caja; en Madrid 6 rs. En fin, los conitos vermífugos con santonina, remedio el mas seguro y mas grato para uso de las señoras y de los niños. En París 1 fr. 25 céntimos el frasco, y en España 6 rs. Depósito en París: farmacia Colmet, 12, Rue Neuve-Saint-Hermy. Y en Madrid en el laboratorio del doctor D. José Simon, depositario general, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

INYECCION BROU. Careta indolible, higiénica y preservativa de las gonorreas y demas enfermedades de las vías genitales para ambos sexos. Es la única que cura radicalmente sin necesidad de otros medicamentos. Precio 5 francos en casa del inventor, Boulevard Magenta, 113, y en el depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3, y en las principales del universo. Exíjase el epísculo.

CREMA DE VINAGRE. Este cosmético es tal vez preferible a todos los demás conocidos; con solo echar un chorrito en el agua de lavarse, la vuelve lechosa y propia para limpiar el cutis con perfección, dejándole terso y fino. Además adquiere la propiedad de fortalecer la vista, librándola de la impresión que en ella suele producir el vapor de la mañana, quita la rubicundez de los párpados, de las narices, etc. Se vende en frascos de 4 y 8 reales en el laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

EMPRESA GENERAL DE ANUNCIOS. Los que necesiten dar á conocer sus productos, podrán publicar sus anuncios en los periódicos y á los precios siguientes: La Iberia... á 1 real línea. El Genio Médico... á 75 céntimos. La Discusion... á 50 céntimos. La Nacion... á 40 céntimos. El Cascabel... á 1 real 50 cént. La Política... á 40 céntimos. NOTA. Sobre estos precios se hace una rebaja del 25 por 100 á toda persona ó compañía, cuyos anuncios alcancen á un millar de líneas dentro de cada un mes, contadas entre todos los seis periódicos citados: del 33 por 100, si dichas líneas llegan á 2.000 y del 50 por 100, cuando pasen de 3.000. A los establecimientos que hayan de repetir un mismo anuncio todo el año, y casi todos los dias se les conceden rebajas especiales. Los avisos se reciben tan solo en la calle de Hortaleza, núm. 2, Madrid, y en las respectivas Administraciones de dichos periódicos.

LABORATORIO Y OFICINA DE FARMACIA DEL DOCTOR D. JOSÉ SIMON. ESENCIA Ó EXTRACTO DE ZARZAPARRILLA. El objeto de este producto farmacéutico, es proporcionar en un volumen muy reducido una gran cantidad de los principios atemperantes y depurativos de la zarzaparrilla y demas sales sulfuradas que entran en su composicion. Treinta gotas de la esencia, disueltas en media suartillo de agua, son suficientes para formar en el instante un vaso de la tisana, evitándose por esta medio el hacerla al fuego, operacion engorrosa, que pocos saben hacer debidamente; y sobre todo el tener que beber aguas cocidas, origen frecuente de indigestiones y de pesadez en el estómago. Es un excelente atemperante; y, ademas de emplearse contra la sifilis, las herpes y demas erupciones cutáneas, la usan ya en el dia hasta las personas mas sanas, para templar la fuerza ó crasitud de la sangre. Los frasquitos, por su figura y tamaño, pueden llevarse en el bolsillo del chaleco, y cada uno contiene extracto suficiente para hacer veinte vasos de agua de zarza. El precio de cada frasco es de 10 reales vellón. A las personas de provincias que hagan sus pedidos desde veinte y cinco frascos para arriba, se les mandarán francos de porte y embalaje. Los señores farmacéuticos que no tuvieren aun en sus oficinas depósito de este producto, podrán dirigirse al referido laboratorio del Doctor D. José Simon, EN MADRID, CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA, 3.

142 FOLLETIN DE EL CASCABEL. otra vida, de los ingratos padres que te dieron el ser. —Parece que se complace V. en recordarme sus beneficios. —No, hija mia, perdona, y considera mi situacion, mi angustia; vá á venir mi hijo y vá á recibir una herida mortal. —Es una verdadera mania la de V. —¿Quieres que te suplique de rodillas? Y aquella santa mujer humildemente dobló la rodilla ante la desnaturalizada é ingrata prometida de su hijo, que pudo ver con ojos enjutos aquel acto de abnegacion y de ternura maternal. —Señora, por Dios, levántese V. y tranquilícese, yo le aseguro á V. que su hijo no me ama mas que como á una hermana, me lo dice el corazón. —¿Cállate es imposible que á ti te diga nada el corazón. Y volvió á salir desconsolada de aquella casa. Pero era madre, se trataba del bien de su hijo, y en la noble empresa de procurarlo, todavía no se dió por vencida, y el dia antes de la llegada del pintor, volvió á intentar ablandar aquel corazón de peña. Pero en vano; la hija infame no se dignó recibirla; presumiendo que volvería la madre de Luis, habia dado orden de que no la permitieran entrar á pretesto de que el enfermo estaba peor y no podia separarse de él. Y la pobre madre que tanto habia deseado volver á ver á su hijo, hubiera querido detener la marcha del tiempo y retrasar aquel anhelado momento que habia de ser terrible para su hijo. Contaba las horas y temblaba. —¿Qué la voy á decir?... Me encuentra sin fortuna y so a. ¿Qué cuenta le voy á dar del objeto querido de su amor?... porque él puede hacerme cargos á mí, puede culparme de haber dado una imprudente libertad á la que debia consagrarle á él exclusivamente. Pero no, es que ella no tiene buen corazón, y cuando no se tiene buen corazón, nada puede el consejo, nada la reflexion. ¡La infame! desde que me vió pobre pensó en abandonarme! La noche anterior al dia de la llegada de

Luis, la pobre madre la pasó rezando ante una imágen de la Santísima Virgen, pidiéndola que diese conformidad á su hijo y le arancase aquel amor indigno de él, y cuando se aproximó la hora del regreso, triste y llorosa se dirigió la buena mujer á la estacion, sin poder determinar de qué manera habia de engañarle para disculpar la falta de su prometida. Sonó el silbido de la locomotora y apareció el tren, avanzando arrogante hácia el andén. La anciana no podia contener los violentos latidos de su corazón de madre: Solo las madres podrán comprender y explicar lo que aquella mujer sintió en los pocos segundos que tardó en entrar en la estacion del tren. Abriéronse las puertas de los wagones y Luis saltó del coche y cayó en los brazos de su madre, dándole mil besos y llorando de alegría. Y luego, con los brazos abiertos aún, miró... y preguntó á su madre: —¿Y ella? La madre no le pudo contestar, ahogábanla los sollozos. —¿Dios mio! ¿qué ha sucedido?... alguna desgracia... —No, no, hijo mio, tranquilízate, murmuró la madre, queriendo sonreirse cuando de sus ojos salian raudales de llanto. —¿Ha muerto, madre? —¡Jesús! hijo mio, ¡qué ideal! —No puede ser otro el motivo de no venir. —Te juro que no es ese. —Si V. me lo jura, lo creo, pero ¿cuál es? —Ya te contaré, hombre... ¡Qué bueno vienes! déjame besar tus manos. —Pero, ¿por qué llora V. tanto? —¿Te parece que no debo llorar? ¿Cómo quieres que una madre exprese su alegría?... —Es verdad. —Me hace bien llorar. —Pero, ¿y ella? —¡Siempre ella! ¡cuánto la amas! —Lo mismo que hace tres años. —¿No la has olvidado nunca?... —¡Oh! no, ya le contaré á V. cosas que la

convencerán de que la amo como nadie ha amado en este mundo. —La quieres más que á mí. —Madre, ¡qué diga V. eso! —Perdona, hijo, las madres somos egoistas. —Usted no, que es una santa. Pero vamos, vamos á verla... ¿A que la muy coqueta se ha quedado arreglándose y poniéndose bonita para sorprenderme?... Mire V., madre, ya puedo yo ganar lo que quiera; vengo lleno de coronas, todas las he tomado para V., y de menciones honoríficas, y de diplomas de academias... La semana que viene nos casamos... me dará V. su licencia, ¿verdad? —¡Hijo mio! Y pensaba la pobre madre: —Lo que yo temia, más enamorado que nunca. ¿Qué vá á ser de mí?... y lo que menos importa es lo que sea de mí, pero ¿qué vá á ser de él? Llegaron á la casa modestísima donde vivia la buena señora desde la total pérdida de su fortuna, y el jóven, preocupado con la idea constante que le dominaba, no reparó siquiera en que aquella casa era muy distinta de la que él habia ocupado en otro tiempo con sus padres. Entró y la buscó por todas partes, gritando: —Vamos, niña, sal y no me martirices... que hace tres años que estoy deseando volverte á ver. Y como no le respondia la voz amada, preguntó á su madre con acento tembloroso. —Pero, ¿dónde está? La anciana se decidió á mentir. —Mira, no te habia querido decir nada, pero... —Pero, ¿qué?... —Una amiga suya, muy amiga, está muy mala, muriéndose, y no la puede abandonar. La enferma no está tranquila mas que cuando ella está á su lado. —Es extraño... —Ya ves que no tiene nada de particular. —No, no señora, no tiene nada de particular, ella es buena y comprendo que no quiera separarse de una amiga moribunda, pero...

EL HIJO DEL SACRISTAN. 143 —¿Qué, dudas? —Pero... vamos, no, no lo diré. —¿Qué quieres decir? —No quiero faltar al respeto á mi madre. —¿Por qué? —¿Me perdona V. lo que voy á decir? —Hijo mio, ¿de qué te he de perdonar yo? —Es que lo que pienso es un agravio que le hago á V., á mi madre, á quien yo no quiero agraviar nunca. —¿Qué bueno eres? —¿Me perdona V.? —Sí, hijo mio. —Pues bueno, entonces le digo á V. que se me ha dicho V. la verdad. —¡Hijo! —Pero... ¿qué es esto? ¿qué ha pasado aqui?... Esta casa... ¿esta casa es la de V.? —Sí, hijo mio. —Pues... yo me vuelvo loco... esta casa es de una familia pobre... aqui no hay ninguna comodidad... ¡qué calle! ¡qué casa! Madre, ¿qué es lo que ha pasado?... —Serénate, hijo mio. —Si, ya estoy sereno, pero quiero saberlo todo, todo... ¡Ah! no en vano sentia yo cierto vago temor... vamos, Madre, no me atormentes V. con su silencio. Y la anciana venerable acercándose á su hijo, se arrodilló y prorumpió en sollozos. —¡Dios mio!... levántese V., madre mia, sea lo que quiera lo que haya sucedido, usted no debe humillarse ante su hijo; yo soy el que debe hablar á V. de rodillas. Y obligando dulcemente á su madre á levantarse, arrodillóse él, diciéndola: —Cuéntemelo V. todo, todo. —Hijo mio, en primer lugar, esta casa tan pobre como es todavía es demasiado para mí. —Voy á perder el juicio. ¿Pues no tenia usted para vivir? —Sí, pero una desgracia... —¿Cuál? Y la madre refirió al hijo la estafia comedia por la persona que era depositaria de su fortuna, añadiendo que nada habia querido escribirle por no darle disgusto alguno. —Mira, hijo mio, añadió, hasta hoy me han durado el poco dinero que pude salvar y el